



**INTERVENCIÓN DE JOSÉ MARÍA AZNAR  
EN LA ASAMBLEA NACIONAL DE FRANCIA  
FONDATION PROSPECTIVE ET INNOVATION**

**París, 22 de enero de 2009**

En primer lugar me gustaría agradecer la iniciativa de celebrar este debate a mi buen amigo Jean Pierre Raffarin, senador y presidente delegado de la Fondation Prospective et Innovation. También quiero agradecer a todos ustedes su presencia y su disposición a debatir un asunto como el que hoy nos convoca.

Jean Pierre Raffarin es un buen amigo y un político al que admiro. Juntos tuvimos el privilegio de desempeñar responsabilidades de gobierno en nuestros países. Tanto entonces como ahora compartíamos la mejor ambición para nuestros países y la voluntad de superar las dificultades y encontrar siempre un terreno de entendimiento. Además, ahora nos une la tarea de pensar la política como presidentes de fundaciones dedicadas al análisis político.

Hoy nos convoca un debate de la máxima importancia. Hoy venimos a hablar aquí de nuestra seguridad, que es tanto como hablar del futuro de nuestra libertad. Porque no podemos olvidar que el precio de la libertad es su eterna vigilancia.

La Alianza Atlántica ha sido una institución esencial para la pervivencia de la libertad en Europa. Los principios que la fundamentan son los mismos principios que fundamentan Europa: la libertad, la democracia, el Estado de Derecho, la dignidad de la persona.

Este año celebraremos 60 años del nacimiento de la Alianza Atlántica, en abril de 1949. Sesenta años que han visto mucha historia y que han coronado un éxito incuestionable. Este aniversario es también una ocasión propicia para que hagamos

balance del pasado, analicemos el presente y escudriñemos los retos del futuro. Porque estoy convencido de que el mejor futuro de Europa y el mejor futuro de la libertad reclaman una Alianza Atlántica vigorosa, eficaz y cohesionada.

La Alianza Atlántica nació con un objetivo muy concreto: defender la libertad en Europa frente a una amenaza clara e inminente. Los valores que defendíamos entonces son los valores que defendemos hoy también: los valores de la democracia y de la libertad.

Occidente fue consciente en entonces de que sólo un pacto de defensa común asumido con lealtad entre democracias podría salvar la libertad y la democracia en Europa.

La idea de la defensa mutua, considerar que un ataque contra uno era un ataque contra todos, era una forma de expresar una verdad más profunda: nuestra libertad depende de la libertad de los demás.

Defender esos principios exigía seriedad. Por eso, la Alianza Atlántica se constituyó como una organización política con capacidad militar suficiente para hacer frente a cualquier agresión externa.

Los responsables políticos de los países de la Alianza no dudaron, a lo largo de muchos años, en tomar decisiones difíciles para disuadir a quien quería acabar con la libertad en Europa. Gracias a su determinación fue posible la victoria. Y esta trajo consigo el derribo del muro de Berlín y la extensión de la libertad en una Europa reunificada.

Con el desplome del totalitarismo comunista pensamos que los enemigos de la libertad habían desaparecido. Sin embargo, el desvanecimiento de la amenaza soviética no significó la ausencia de nuevos riesgos. En Europa vimos con horror imágenes que nos recordaron las peores pesadillas hechas realidad por el totalitarismo nacional-socialista y comunista. En el propio suelo europeo se estaba llevando a cabo una limpieza étnica que tuvo todas las características de un genocidio. La Alianza Atlántica, haciendo realidad el vínculo atlántico, intervino para detener las matanzas en los Balcanes.

De esa triste experiencia aprendimos muchas cosas. Aprendimos que la defensa colectiva no necesariamente está ligada a un componente territorial. Aprendimos que a veces hay que tomar decisiones impopulares para evitar males mayores.

Otras lecciones no las aprendimos. En esos años se puso también en evidencia diferencias profundas en la visión estratégica de los dos lados del Atlántico. Y también un preocupante y creciente desequilibrio en las capacidades militares. Pese a todas esas dificultades, las operaciones militares fueron un éxito y hoy los Balcanes caminan por la senda de la democracia y la libertad.

Para quienes pensaban que la historia había terminado, la historia regresó con toda su brutalidad el 11 de septiembre de 2001. Ese día vimos el poder destructor y el odio de quienes quieren acabar con la libertad. Ese día no solo fueron atacados los EE.UU. Ese día fuimos atacados todos los que aspiramos a vivir en libertad.

Por primera vez en toda su historia, la Alianza Atlántica activó el Artículo quinto del Tratado de Washington. Aprendimos que había una nueva amenaza existencial que podía atacar en cualquier parte del mundo.

Fue necesario intervenir en Afganistán para desalojar un régimen tiránico que amparaba a terroristas. Poco después el conflicto de Irak arrastró a la Alianza Atlántica a la mayor crisis interna de su historia. No voy a abundar en este episodio que conocen ustedes muy bien. Pero sí me gustaría mencionar tres lecciones que podemos aprender.

En primer lugar, que es preciso reconocer la existencia misma de nuevos riesgos y amenazas.

En segundo lugar, que es necesario acometer cambios en la Alianza Atlántica para afrontar los nuevos riesgos y amenazas.

Y en tercer lugar, que no hay que olvidar que la Alianza Atlántica debe seguir siendo una organización de seguridad y defensa, dispuesta a utilizar su capacidad cuando sea necesario.

¿Cuál es el presente y el futuro de la Alianza Atlántica? Les diré mi opinión tal y como la veo hoy en día, precisamente cuando una nueva Administración asume el poder en Washington.

La razón de la existencia de la OTAN fue defender la democracia liberal, en su día amenazada por una Unión Soviética expansiva y agresiva. Ese mismo tiene que ser su objetivo hoy en día.

Las amenazas han cambiado de forma. Ya no son de origen territorial, ni tan claras y nítidas como entonces. Pero siguen ahí.

Por eso considero necesario adaptar nuestro modo de pensar estratégico para preservar el fin fundacional de la Alianza Atlántica. Y ese fin no es otro que preservar nuestra libertad y nuestra seguridad. Y para ello se requiere impulso político y sabiduría para adaptarse a la nueva realidad. Como ha dicho el nuevo presidente de los Estados Unidos, el mundo ha cambiado y nosotros debemos cambiar con él.

Creo que, desde el punto de vista político, la Alianza Atlántica debe adaptar su pensamiento estratégico, sus estructuras políticas y sus capacidades militares para ser más eficaz. Y creo que la celebración del 60 aniversario de la Alianza es una buena ocasión para que la nueva Administración estadounidense ejerza el liderazgo necesario para conseguir este objetivo, de acuerdo con sus aliados.

Y lo creo por una sencilla razón. Necesitamos todos, pero más que nadie los europeos, que la Alianza Atlántica siga siendo una organización de éxito ante las nuevas amenazas para nuestra seguridad.

En mi opinión hay dos grandes retos nuevos para la seguridad occidental: el terrorismo y el riesgo de proliferación.

El terrorismo no es un fenómeno nuevo. Sí lo es su alcance global y el desafío que ha lanzado a la sociedad abierta y libre en cualquier lugar.

Nuestra seguridad, que como ya he dicho es tanto como decir el futuro de nuestra libertad, depende de su derrota.

En ese sentido, creo que sería importante incorporar políticamente a los procesos de toma de decisiones de la Alianza a los responsables de la seguridad interior de las naciones aliadas. El terrorismo al que nos enfrentamos no actúa necesariamente fuera de nuestras fronteras. Conoce perfectamente su porosidad y sabe cómo utilizar las nuevas realidades del mundo actual. Esta capacidad política de la Alianza Atlántica para discutir asuntos de seguridad interior debería tener también una traslación a sus capacidades de seguridad colectiva, incluida la inteligencia.

La lucha contra la proliferación de armas es el otro gran objetivo que debe asumir la Alianza Atlántica. Imaginemos por un momento lo que podrían hacer los terroristas de contar con un artefacto nuclear.

La proliferación es una amenaza que hay que tomar en serio. Lamentablemente la efectividad del régimen internacional contra la proliferación de ese tipo de armas está en cuestión. Tampoco hay que olvidar que las armas nucleares cumplieron una función de

disuasión en otro escenario. El problema es que Al-Qaeda, con un arma nuclear, se convierte en un actor para el que la disuasión sería irrelevante.

Por eso considero que la Alianza debería definir claramente medidas, doctrinas e instrumentos para hacer eficaz el sistema de no proliferación. Sé lo difícil de este empeño. Pero también estoy convencido de su importancia vital.

A nadie se le escapa que este asunto exigirá tomar decisiones difíciles en un futuro no lejano y que la solidaridad atlántica será imprescindible para lograr el éxito.

La Alianza Atlántica se basa en la solidaridad. Hoy, por desgracia, vemos que esta solidaridad no es tan fuerte como debe ser. No podemos olvidar que sólo derrotaremos a nuestros enemigos si somos solidarios en las operaciones militares. Afganistán es el escenario más inmediato para hacer realidad este principio. La falta de solidaridad nos debilita.

La solidaridad es un requisito de la victoria.

Creo que es ineludible en este marco una breve reflexión sobre nuestra relación con Rusia. Rusia es una nación esencial para Europa y para la seguridad de todos.

Hemos visto con preocupación en los últimos meses determinadas actitudes y decisiones políticas de Moscú. Su actuación en el Cáucaso como en la reciente crisis del gas tienen rasgos preocupantes.

Creo que las amenazas existenciales a las que nos enfrentamos son en gran parte las mismas a las que se enfrenta Rusia. Por eso, considero que es posible y necesario establecer un diálogo constructivo sobre asuntos de seguridad entre la Alianza Atlántica y Rusia. Pero también estoy convencido de que ese diálogo sólo será fructífero si radica en una misma visión compartida construida en torno a los principios de libertad, democracia y dignidad de la persona.

Es importante que Rusia sea un actor relevante en la escena internacional y que se atenga a las reglas del derecho y de la democracia.

No quiero ocultar los errores que en mi opinión hemos cometido. Pienso que la independencia de Kosovo ha sido un error porque fuimos en contra de nuestros principios. La intervención en Kosovo fue para detener un genocidio. No fue para apoyar un proyecto secesionista.

La utilización por Rusia de esos mismos argumentos en la crisis de Georgia muestra el alto precio que se cobra la incoherencia. Pero aun así, pienso que es posible encontrar un entendimiento satisfactorio con Rusia en cuestiones de seguridad.

Si admitimos que las amenazas a nuestra libertad son globales y no territoriales, el último gran reto al que se enfrenta la Alianza Atlántica es el de su dimensión territorial. Sé que es romper con una arraigada tradición de pensamiento, pero estoy convencido de que

la Alianza Atlántica debe abrirse a la colaboración con aquellas naciones que comparten nuestros valores y que también están amenazadas.

Nuestra seguridad no sólo se defiende cerca de nuestras fronteras. Hoy en día, la victoria en Afganistán, por poner un ejemplo, es un requisito imprescindible para el éxito de la Alianza. Hay países fuera de nuestro ámbito geográfico que podrían hacer una gran contribución a la seguridad aliada. Pienso en países como Japón, Australia o Corea del Sur. Incluso, en otras democracias que libran un combate en contra del terrorismo, como la India o Colombia.

Con ese mismo espíritu de defender la libertad y la democracia y expandir la seguridad y la estabilidad, hay que plantearse las solicitudes de adhesión a la Alianza de países como Ucrania y Georgia.

Incluso, en una zona tan sensible y difícil como Oriente Medio, creo que la solución de dos estados viviendo uno al lado del otro en paz y con seguridad es un objetivo al que la Alianza Atlántica puede hacer una contribución determinante.

El presidente Sarkozy recordó hace algún tiempo ante el Congreso de los Estados Unidos los compromisos de Francia con la seguridad y con la defensa de la democracia. Comparto plenamente sus ideas y su visión.

Estoy convencido de que esta gran nación, Francia, que siempre ha sido una referencia para quienes aspiramos a la libertad y a la

democracia en todo el mundo, tendrá un papel determinante en el futuro de la causa de la libertad, que no es otra que la que defiende la Alianza Atlántica.